



Esquina Catequética

El Bautismo del Señor

Fiesta—9 de enero



Jesús cumplió perfectamente todos los preceptos de la ley religiosa judía, incluyendo los rituales requeridos de purificación y expiación. Entonces, cuando Juan Bautista predicó acerca de un “bautismo de penitencia”, Jesús recibió el Bautismo de manos de él, no porque necesitase arrepentirse sino por cumplir “todo lo que Dios quiere”. En el momento en que Jesús fue bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre él y el Padre dijo desde los cielos que estaba muy complacido con su Hijo amado.

Con este ejemplo, Jesús nos mostró el simple camino por el cual todas las personas bautizadas se convierten en hijos e hijas de Dios. Por medio de la acción del Espíritu Santo, las aguas del Bautismo purifican a la persona de todo pecado y restauran su relación con Dios a su santidad original. Por lo tanto, el Bautismo transforma la identidad de la persona.

El Bautismo también le da un propósito nuevo a la vida de las personas—al ser lavadas por el agua y renovadas por el Espíritu Santo, se unen al Reino de Dios y a ellas se les entrega la misión de hacer crecer el Reino en su vida. Así como Jesús inició su ministerio público después de recibir el Bautismo, así también los nuevos hijos de Dios están comisionados a diseminar la Buena Nueva a todos, empezando primero con la transformación de su propia vida y luego diseminando y compartiendo esa alegría con los demás para, así, colocar todas las cosas bajo la autoridad del Reino de Dios.

Justo antes de su Ascensión, Jesús renovó el significado del Bautismo como un ingreso al discipulado e incluso prescribió cómo éste se debe administrar a los demás: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28:19).

